



*Confutatis maledictis,
Flammis acerbis addictis,
Voca me cum benedictis.*

DÉCIMA.

Con iguales contrapesos
Juzgaréis á los mortales;
Con suertes muy desiguales
Fulminaréis los procesos:
Y cuando por sus excesos
Aterrados los malditos,
Leyendo allí sus delitos,
Reciban eterna muerte,
Tenga yo dichosa suerte,
Llamadme con los benditos.

EL RICO EPULON EN EL INFIERNO.

PRÓLOGO.

Muy amado lector y hermano en Jesucristo: nos aseguró san Gregorio Magno que no hay cosa que tanto mueva los corazones de los hombres como el ejemplo de los demás: diciendo, que el de los buenos mueve á imitarlo, y el de los pecadores castigados infunde temor y les aparta del mal, para no incurrir en la misma Verdad eterna, lo habia declarado la misma Verdad eterna, Jesucristo Señor nuestro, quien no contento de haber muchas veces predicado las penas que los pecadores padecen en los infiernos, á fin de que los mortales se enmendasen de sus pecados y no tuviesen que experimentarlas; para mas moverlos les contó el estado infeliz y desgraciado del rico Epulon, cuya historia nos refiere el evangelista san Lucas en el capítulo xvi de su Evangelio, historia de que, por ser tan reciente, se valió el divino Maestro, segun dice Eutimio, para causar mas impresion en el ánimo de los oyentes, y para desprenderlos mas del apego á las riquezas y deleites breves y engañosos de este mundo.

El infeliz desgraciado Epulon vivia segun aquella máxima brutal de Epicuro, que dice: *Ede, bibe, lude; post mortem nulla voluptas: Come, bebe, diviértete; que con la muerte todo se acaba.* Sí, se aca-

ban, no hay duda, las riquezas, felicidades y deleites mundanos; pero no se acabarán las penas y tormentos del infierno, si se tiene la desgracia de morir en pecado mortal, y cabalmente empezarán en el momento en que menos se piense, como se lee en el libro de Job, quien en el capítulo XXI, 13, 15, hablando de los malos, dice: *Pasan en delicias los dias de su vida, y en un momento bajan á los infiernos; estos son los que dijeron á Dios: Apártate de nosotros, que no queremos saber la ciencia de tus caminos. ¿Quién es ese Omnipotente, para que nos empleemos en su servicio? ¿qué provecho hemos de sacar de implorar su auxilio?.. ¡Oh! cuán á menudo se apaga de un golpe la antorcha de las riquezas, honores y deleites de los pecadores mundanos, y viene sobre ellos un diluvio de males, y Dios en el furor de su ira les reparte buena porcion de dolores correspondientes á sus pecados!*

Así lo experimentó el rico Epulon; entregado á los deleites del cuerpo, se olvidó de su último fin y de sus esenciales obligaciones para con Dios, para consigo mismo, y para con el prójimo; y en la hora en que menos pensaba, se vió sepultado en el infierno. Allí entre lamentos y suspiros pedía que se enviara á Lázaro á casa de su padre, á fin de que previniese á sus cinco hermanos, y estos se guardasen de caer en aquel lugar de tormentos. Pero se le contestó que ya tenían á Moisés y á los Profetas, y que si no escuchaban á estos, aun cuando uno de los muertos les avisara, tampoco le darian crédito: á tal grado de ceguera de entendimiento y dureza de corazón llevan los vicios. Mas aquellos, de quienes habla el Evan-

gelista, eran hebreos, gente de dura cerviz y de corazones incircuncisos, como dice san Estéban; pero con los cristianos me parece que no ha de valer esta razon: pues que han aprendido de su divino Maestro el ser mansos y humildes de corazón, y por lo mismo el ser dóciles, no digo á los avisos de Lázaro, sino aun á las voces del mismo Epulon. Escúchalas, pues, ó benévolo lector, y yo te prometo, que si lo haces con la atencion y disposicion de ánimo que se merecen, si eres pecador, te convertirás, y si justo, aun te justificarás mas. Así te lo deseo.

VOCES Ó AYES

DEL RICO EPULON,

GRANDE Y PODEROSO DEL MUNDO.

En esta mansion de horror
Y de sempiterno llanto,
Es inmenso mi quebranto,
Es inmenso mi dolor.

¡Ay de mí, que atormentado
Con suplicios infinitos,
Aquí pago mis delitos,
Entre llamas sepultado!

Soy aquel rico gloton
Que viví cual fiera hiena,
Y que á la miseria ajena
Cerré siempre el corazón.

Yo que en el mundo viviendo
De mi deber olvidado,
Saltaba precipitado
Tras de los vicios corriendo.

En banquetes temulentos
Dado á deleites brutales,
Y á las torpezas carnales
Consagraba los momentos.

Mi descaro é insolencia
Cerró siempre los oídos
A avisos muy repetidos
Que me daba la conciencia.

Y era tanta mi dureza,
Que al pobre en su desventura
Insulté con saña dura,
Me ref de su pobreza.

Aquel triste desvalido
Lázaro infeliz un día
Limosna á mí me pedía
Muy postrado y abatido.

Decía con tierno acento:
Ten de mí, Epulon, piedad,
Mira mi mendicidad,
Alárgame algun sustento.

Yo que regaladamente
Estaba entonces comiendo,
Asco de Lázaro haciendo,
Le respondí bruscamente:

¿A dónde vas, andrajoso?
Mucho atrevimiento tienes;
Mi placer á turbar vienes
Con tu semblante asqueroso.

Véte, apártate de aquí,
Que aunque deploras tu suerte
Cási en brazos de la muerte,
Nada alcanzarás de mí.

Y Lázaro sollozó,
Viendo el duro pecho mio;

Epulon, dijo, sé pio,
Por el Dios que nos crió.

Una migaja siquiera,
O rico, para aliviarme,
A lo menos puedes darme
Lo que tu perro no quiera.

Yo á Lázaro repliqué:
Aparta, mendigo insano;
Que solloces es en vano,
Para que limosna dé.

Qué, ¿por fin tú te decides
Por Dios limosna á clamar?
¿Y así piénsasla alcanzar
De mí, que por Dios la pides?

Yo del mundo entre caricias
Vivo, y otro Dios no quiero,
Que mi vientre que venero
Con regalos, con delicias.

Dije, la vista apartando
De Lázaro mendigante,
Quien se retiró al instante
Triste y á mares llorando.

Mas ¡ay! que aquí la medida
De mis crímenes se llena;
Luego la hora fatal suena
De mi última partida.

¡Ay de mí, triste Epulon!
Dejé aquel breve contento,
Salí del mundo al momento
A eterna condenacion.

Al mismo tiempo murió
Aquel Lázaro andrajoso,
Y para el eterno gozo
Del breve penar partió.

La mayor felicidad
Ha de ser su recompensa;
Para mí una pena inmensa
Por toda la eternidad.

Desde aquí en mi grande afán,
Para desdicha mayor,
Se me permitió ¡oh dolor!
Verle en el Seno de Abrahan,

Mientras que alegre esperaba
De Cristo el advenimiento,
Para ir á aquel contento
Y gran bien que nunca acaba.

Lázaro, al punto exclamé,
Mira mi cuitado anhelo;
Dame, dame algun consuelo,
Aunque yo te lo negué.

Dame ¡ay! algun lenitivo,
Socorro, algun refrigerio;
Mírame en tanto improprio
Y estado tan aflictivo.

Y una voz me respondió:
«Epulon, en vano clamas;
«Pues ninguno en estas llamas
«Jamás consuelo alcanzó.

«Tú en el mundo fuiste rico,
«De tu riqueza abusaste,
«Y así al fin te condenaste
«Por tu proceder inico.

«Dos sendas hay, y se ofrecen,
«Para que elija el mortal,
«Estas son el bien y el mal:
«Por el mal todos perecen.

«El mal camino elegiste,
«Tu perdicion tú buscaste;

«Cuando en el mundo moraste,
«Ya el galardón recibiste.

«¿No tuviste libertad
«Como cualquier otro hermano?
«Pues ¿por qué corriste ufano
«En pos de la iniquidad?

«Para tu mayor desdoro
«Despreciaste, hombre perverso,
«Al que crió el universo;
«Solo amaste tu tesoro.

«Necio, ser un Dios creías,
«Tú la moral insultabas,
«Y sin freno tripudiabas,
«Y al mendigo escarnecías.

«Con un proceder tan ruin,
«Todo mortal que así vive,
«Epulon, no, no consigue
«Otra cosa que un mal fin.

«¡Ojalá que escarmentaran
«Con tu ejemplo los mortales,
«Y esas sendas infernales
«Con todo esfuerzo evitaran!»

Así se expresó la voz,
La vision desaparece,
Contra mí se encrudelece
Un remordimiento atroz.

El siempre me representa
El bien que dejé de hacer;
Y por mi mal proceder,
Mas me angustia y me atormenta.

Un eco triste ¡infeliz!
Dice: pudiste salvarte,
Preferiste condenarte
Con tu culpable deslíz.

¡Oh! ¡qué azarosa memoria,
Que por un breve placer
Haya venido á perder
Una eternidad de gloria!

¿Por qué me dejé engañar
En mi loco frenesi?
No he conseguido ¡ay de mí!
Sino un amargo penar.

Se abrasa mi corazón
De llamas en un diluvio:
Soy un Etna, soy Vesubio,
Todo desesperacion.

Tempestuoso mar de ardores
Es esta mansion horrenda,
Do siento pena tremenda,
Los mas terribles dolores.

Clamo, grito, en vano ruego,
Sin alivio estoy sediente;
Soy mas que una pira ardiente,
Todo un ascua, todo fuego.

Y en tan horrible penar,
Aun exceden mis penas
Al sinnúmero de arenas
De playa y fondo del mar.

Y este mi fiero tormento
Siempre, siempre durará,
Jamás, jamás cesará,
Ni por un solo momento.

Inútil aquí el llorar,
Pues que nada hay de terneza;
Crueldad todo es, dureza,
Y penar y mas penar.

¡Cuántos, ay, aquí se ven
De rabia llenos y de ira,

Y el uno al otro se mira
Con el mas brutal desden!
¡Oh! ¡y qué horrendas visiones!
¡Ay qué gritos espantosos,
Planidos muy dolorosos,
Y crujidos de prisiones!

El padre al hijo impropere;
El hijo maldice al padre;
La hija á su propia madre
Con terrible saña fiera.

La esposa contra el marido
Maldiciones mil vomita;
Contra la esposa este grita
Con furibundo alarido.

Despechado, ardiente clama
El hermano aquí rabiando,
A su hermano impropereando,
Y cual toro herido brama.

Se ven que encrudelecidos
Los amigos se maldicen,
Mil impropérios se dicen
De furor, de rabia henchidos.

Se oye aquí horrible voceo;
Se ven escenas atroces,
Acciones las mas feroces,
Todo es triste clamoreo.

¿Y acaso no habrá algun medio
De tantas penas salir?
No: por *siempre* he de gemir
Sin alivio, sin remedio.

¿Por *siempre*? ¿nunca piedad
Habrá para un condenado?
¿He de sufrir malhadado
Por toda una eternidad?

Sí, por *siempre* eternamente;



Sí, sí, sin ningún consuelo,
Eterno será mi duelo,
Atormentado cruelmente.

¡Si la excelsa Omnipotencia
Me permitiera algún día
Volver al mundo! yo haría
Rigurosa penitencia.

Llevaría muy gustoso
Cuantas penas padecieron
Los mártires, que sufrieron
Suplicio el mas horroroso.

Yo cargado de cadenas,
Yo vestido de cilicio,
De mí haría un sacrificio,
Abriendo todas mis venas.

¡Si pudiera aprovecharme!
¡Si algún tiempo se me diera!
¡Cuánto, cuánto bien hiciera,
O cielos, para salvarme!

Mas son vanos mis gemidos,
Pues los que están en infierno
Sufrirán tormento eterno,
Y jamás serán oídos.

¡Oh tú, eternidad terrible!
Tu sola memoria espanta,
Sí, me angustia y me quebranta
En situación tan horrible.

¿Quién eres? Yo aquí me pierdo...
Tu siempre, tu siempre ¡ay triste!
En mi mente fijo existe;
Tu jamás siempre recuerdo.

¿Nunca, nunca finirás?
¿Siempre, siempre has de durar?
¡Qué! ¿nunca te has de acabar?
No: ¡jamás, jamás, jamás!!!

RESOLUCION.

A consecuencia de lo que has leído, ¿qué es lo que resuelves, hermano mio? Ya ves que puedes morir en cualquier hora y tal vez en la que menos pienses, como sucedió al desgraciado Epolon. ¿Qué le aprovecharon á este infeliz todas las riquezas, todos los honores, y todos los gustos que dió á su cuerpo, habiendo perdido á su alma por toda la eternidad? ¿y qué te aprovecharán á tí esas mismas cosas, si como él te pierdes? Tú, para no poner acibar á tus deleites, no quieres pensar en la muerte, juicio é infierno; mas no por esto dejarán de ser las mismas estas verdades, ni dejarás de experimentarlas.

Tal vez para engañarte á tí mismo dirás: Yo ya creo que he de morir; pero no creo que Dios me eche á los infiernos, porque es mi padre, ¿y quién seria el padre que tuviera corazón para echar á su hijo á un fuego como el del infierno? A lo que respondo: No hay duda, Dios es tu padre, pues que él te ha criado y ha impreso en tí su imágen y semejanza, y te quiere hacer heredero del patrimonio celestial; para este fin, es verdad, te ha criado, mas tambien quiere que tú te portes como buen hijo; pero si no cumples como tal, esto es, si quebrantas sus preceptos y mueres en pecado, no lograrás el fin para el que te ha criado. Valgámonos de una semejanza: supongamos que hay un padre que tiene un hijo muy amado y que le quiere hacer heredero de su rico patrimonio; este hijo tiene la desgracia de caer en una enfermedad mortal. ¡Ay! ¡qué pena,

qué sentimiento para aquel buen padre! ¡qué solicitud! ¡qué cuidados! No perdona medio alguno, ni se para en gastos los mas excesivos; no obstante, si á pesar de tantas diligencias en facultativos y remedios al fin se muere, ¿qué hace entonces el padre? muerto ya el hijo, ¿fétido y asqueroso le tendrá en casa? ¿se le pondrá á su lado en la mesa? ¿le constituirá heredero del patrimonio? ¡Oh! no... otro que quede vivo, le sustituirá aunque sea menor, y aquel, aunque mayor y muy amado de su padre, será entregado á los sepultureros ó enterradores de muertos, y estos le colocarán en medio de otros muertos para comida de gusanos. Hagamos la aplicacion: Dios es tu padre, no lo niego, y que te ama muchísimo; este amor que te profesa le ha obligado á enviar á su Hijo para ser tu maestro y médico, el cual, para curar tu mortal enfermedad, ha dado por medicina la sangre de sus venas, disponiendo las dosis de este divino medicamento en los santos Sacramentos. Como si esto aun fuera poco, se ha valido de inspiraciones, de libros espirituales, de predicadores celosos y de buenos confesores, de suerte que no perdona medio, gasto ni diligencia, en una palabra, no puede hacer mas: no obstante si con tantos medios te pierdes, se te dirá: *Perdicio tua ex te*: si te has perdido es por tu culpa; si á pesar de tantos medicamentos espirituales te mueres en pecado, ya no podrás habitar en la casa de tu Padre celestial: ya no te sentarás á su lado en su mesa divina, ni podrás jamás participar de aquel rico patrimonio que te tenia preparado en la gloria; sino que te sucederá lo mismo que al rico Epulon, de quien dice el Evangelio: *Sepul-*

tus est in inferno: que fue sepultado en el infierno. En efecto lo propio experimentarás tú, si mueres en pecado: serás sepultado en el infierno, serás colocado entre otros condenados, y serás el pábulo de aquel fuego devorador y el juguete de los demonios.

Ea, hermano mio, no seas loco; ten prudencia... ¿Qué pierdes en creer estas cosas y en conformar tus obras con esta creencia? Por cierto que nada perderás sino tus vicios. Resuélvete de una vez; haz una buena confesion general, y Dios de todo te perdonará. Y sino dime: si estuvieras mortalmente enfermo, y te dijese, si tomas esta medicina te curarás infaliblemente, ¿con qué ahinco la tomarías aunque fuese algo amarga? Pues mira, si tomas esta medicina de la confesion con las debidas disposiciones, te aseguro quedarás curado de esa enfermedad mortal de tu alma. ¿Y no la tomarás? ¡Ah! ¡si á Epulon y á cualquier otro condenado se les ofreciera el tiempo y el remedio que á tí, cómo lo aprovecharian! Si tú le desprecias, cuando estés allá, será para tí el gusano que siempre te roerá y nunca jamás morirá, como dice el Evangelio.

Por Dios te suplico, que hagas una buena confesion; que establezcas un nuevo plan de vida; que seas devoto de María santísima; y si así perseveras, te prometo que no irás á aquel lugar de tormentos, sino que serás feliz en el cielo por toda una eternidad, que es lo que te deseo. Así sea.

Aunque las siguientes poesias sean de diverso autor, se insertan á continuacion por ser adecuadas al anterior asunto.



Considera lo que ha sido de mí: porque lo mismo será de tí: hoy por mí, mañana por tí. (Ecclí. xxxviii, 23).

**Desengaño de la vida humana,
y memoria de la muerte.**

Si quieres ver el triste fin que espera
A todas nuestras vanas fantasías,
Abre los ojos, mira y considera
El miserable fin de nuestros días:
Mira en este retrato y calavera
En qué paran los gustos y alegrías,
¡Ay! (aunque me ves en tal retrato),
Vi, palpé, gusté, oí y usé de olfato.
Observa en mi figura repugnante
El desengaño de la humana vida,
El monarca en su trono rutilante,
Y el mendigo en su choza carcomida:
Contemplan todos, pues me ven delante,
La ley terrible de morir cumplida;
Ley que á todos con miseria y luto
Desde al súbdito al rey pagan tributo.

Estos áridos, huesos frios, secos,
Esta funesta sombra, esta figura,
Estas quijadas, cuyos tristes huecos
Dientes llenaron de sin par blancura,
Recuerdo son y penetrantes ecos
De la humana miseria acerba y dura:
Todo me falta; vida, sentimiento,
Memoria, voluntad y entendimiento.

Ni un solo instante vivas descuidado:
Huye el ocio, lisonjas y mentiras,
El vicio deshonesto acibarado,
El odio, las venganzas y las iras:
Huye la vanidad, huye avisado
Esos placeres á que necio aspiras;
Mira, que es el sepulcro tu enemigo,
Y en él tus gustos se hundirán contigo.

Ajusta bien la cuenta, que es forzosa,
Y ten por cierto, no te escandalice,
Que te la han de tomar tan rigurosa,
Que de horror el cabello se te erice:
Porque será tan triste y espantosa,
Que el mas osado, mas se atemorice,
Viendo puesto sus culpas por asiento
Hasta el mas escondido pensamiento.

¿Qué sirvió el pelo al oro semejante,
Frente, ceja, nariz, menudo diente,
De blanca nieve y púrpura el semblante,
Y ojos cual sol que brilla en el oriente?
¿Qué el labio de coral? si en un instante
Dientes, labios, nariz, ojos y frente,
Cejas, cabello, púrpura y blancura,
Todo lo consumió la sepultura.

Quando por el camino de la vida
Segura al parecer iba yo andando,

Con mi hermosura plácida engreida,
De oro el vestido y perlas arrastrando,
Asáltome la muerte, que atrevida
A mi encuentro salió, y me fue quitando
Oro, perlas, vestido y hermosura;
Quedando, como ves, en tal figura.

DÉCIMAS

PARA DESPERTAR AL PECADOR.

Piensa bien que has de morir,
Piensa que hay gloria é infierno,
Bien y mal, y todo eterno,
Y qué á juicio has de venir:
Ponte luego á discurrir
Tu vida y modo de obrar,
Y que ahora sin pensar,
Si te diese un accidente,
Y murieses de repente...
¿Dónde irías á parar?

Medita lo que te digo,
Trata de enmendarte fiel,
Mira que aun este papel
Será contra tí testigo:
A que no olvides, te obligo,
Muerte, juicio, infierno y gloria;
Deja toda vana gloria,
Y con cristiano talento,
No hagas loco pensamiento
De una tan cuerda memoria.

El tener, has presumido,
En la postrera ocasion
Un dolor de contrición...
Muy pocos lo han conseguido:

Y aunque algunos le han tenido,
¿Quién, di, tan loco será,
Que en tal riesgo se pondrá,
Y cosa tan importante
Dejará para un instante,
Que no hay otro, si se va?

Si de una gran cantidad
Con cuenta errada te hallaras,
¿Para ajustarla aguardaras
A estar con enfermedad?
Pues ¿cómo tu voluntad,
Mal entendida se advierte,
Y de un negocio tan fuerte,
Que te importa eterna vida,
Quieres la mayor partida
Dejarla para la muerte?

Cierto no puedes saber
Lo que es del mundo salir,
Harto harás en resistir,
Sin que tengas mas que hacer;
En un momento has de ver,
En un libro de verdad,
Escrita tu corta edad
Entre una y otra congoja,
Donde al volver una foja,
Verás una eternidad.

El tacto, gusto y oído,
Olfato, vista y conciencia
Llevan (entre la dolencia)
Su ejercicio confundido:
Inobediente el sentido,
Torpe le hallarás y vano;
Pues ¿cómo quieres, cristiano,
Estando en la enfermedad,

Mover á la voluntad,
Si no puedes una mano?
Dime, ¿qué importa te dén
El Sacramento y la Uncion,
Y que hagas tu confesion,
Si no te confiesas bien?
¿Cuántos serán los que estén,
Con tus mismos pensamientos,
En los eternos tormentos?
¿Cuántos, cuántos habrán sido
Los que al infierno habrán ido
Con todos los Sacramentos?...

Aprisa no se han de hacer
Cosas que importantes son:
Y una buena confesion
Tiempo, tiempo ha menester.
Sobrado tendrás que hacer,
Cuando enfermo hayas caído,
En cuidar de tu sentido:
Sin que mas vivo tu amor,
Ande á buscar un dolor,
Que en su vida no ha tenido.

¡Qué loco engaño recibes,
Cuando mucha vida quieres,
En el tiempo que te mueres,
Aun muriendo lo que vives!
En tal ocasion no estribes;
Considera el mal que obraste,
Y pues sin susto pecaste,
A Dios dale sin zozobra,
Contra un olvido que sobra,
Una memoria que baste.

Si en la hora de la muerte,
Aun sin pecado mortal,

Lo que divierte hace mal,
No mas de porque divierte:
¿Cómo, cuando el daño es fuerte,
Has de buscar la virtud?
¿Cómo podrá tu inquietud,
Desasosiego y violencia,
Arreglar una conciencia,
Que no pudo en la salud?...

Ofender á Dios viviendo,
Y morir á Dios amando,
Engaño... pues que aguardando
Está en juicio muy tremendo.
¿Cómo no vas advirtiéndolo,
Que sobre nunca quererle,
Toda una vida ofenderle,
Y un solo instante buscarle,
Mas que en su bondad amarle,
Será en tu riesgo perderle?

Aquel que llegó á vivir,
Como si piedad no hubiera,
Jamás la justicia espera,
Cuando se debe morir:
No hay aquí que discurrir,
Porque, á la verdad, entiendo,
Que aquel que temió viviendo,
Ha de morir confiando:
Y ha de morir recelando
El que vivió no temiendo.

Tus culpas se han de saber,
No las quieras encubrir;
O tú las has de decir,
O en público se han de leer:
Si se leen, ha de ser,
Viendo á tus piés el averno

Para tu castigo eterno.
Pues ¿no es mejor con victoria
Decirlas para la gloria,
Que oírlas para el infierno?

La justicia y la razón,
Segun fuere tu conciencia,
Han de fallar la sentencia,
De que no hay apelacion:
Eterna condenacion
Sufrirás por tu pecado:
Hombre que estás bautizado,
Te pido por el Señor,
Que medites con temor
En tu venidero estado.

Fácil se cree un dolor,
Propósito y confesarse,
Y luego al punto pasarse
Desde un olvido á un amor:
No es fácil, que aunque el favor
De la gracia es tan valiente,
Aun está de tí pendiente;
Mira que es necia ignorancia,
Cosa de tanta importancia
Fiarla en un accidente.

Una sentencia, una muerte
Habrá solo; el juez es Dios;
Si los fallos fuesen dos,
Podria cambiar tu suerte.
¡Jesús, qué lance tan fuerte!
Mira que es para temblar,
Que remedio no has de hallar
Ni en el cielo ni en la tierra;
Si solo una vez se yerra,
¡Ay qué terrible penar!

Mira que has perdido el juicio,
Pues de tí propio homicida,
Te vas quitando la vida
Con uno y con otro vicio:
Porque del loco artificio
Temporalmente te ves
Lleno y de humano interés,
Ahora estás muy ufano;
Pero repara, cristiano,
Esto es *ahora*, ¿y *despues*?

Este *despues* considera,
Que este *ahora* ha de faltar,
Y el *despues* ha de durar
Eternamente á cualquiera:
Este *despues* que te espera,
Es el que cuidado da,
Que este *ahora* claro está
Que es ligero movimiento
Nacido de un corto aliento,
Que cuando viene, se va.

Dispon tu cuenta ajustada,
Que aun así cuando enfermares,
Del tiempo que allí encontrares,
Aun no ha de sobrate nada,
Mira que de esta jornada
No se ha de volver jamás;
Mira el paraje en que estás,
Que es cosa para aturdir,
El saber que has de partir
Sin saber á dónde vas.